

VIAJE A LA SEMILLA

Al principio hay una idea. Las ideas son las semillas de las que crecen las rosas, las campanillas blancas o una vieja llave oxidada que abre la puerta de un jardín secreto. Es imposible definir qué es una semilla adecuada en un relato de ficción. Puede ser un nombre, un objeto, un personaje, un recuerdo de la infancia, un olor...

Voz, estilo. Las palabras no crean voces por sí mismas; lo que realmente da fluidez a un texto es el modo en que las palabras se juntan y componen oraciones. La voz narrativa es en realidad algo muy corriente: sólo es la persona que somos, proyectada en un arte. Por otro lado, cuando comienzas un relato de ficción, esperas que parezca real, aunque sea una vida que no conoces ni conocerás nunca. Quieres entrar en ella, vivir allí durante un tiempo, odiar o amar, sentir frío o calor, hambre, miedo, llorar o reír con los personajes. Eso es porque, aunque no lo sepas, existe en el relato una corriente subterránea que se agita y resuena sordamente en ti, que hurga en tus secretos o en tus heridas, fuego negro enterrado que te agujonea.

En este sentido, Baudelaire decía que las únicas partes buenas de los libros son las explicaciones que obviamos. Todos sabemos que el dato escondido —ese narrar callando— tiene un valor enorme en literatura. Es el hecho de contar una historia mientras se está contando otra, como si un cuento se compusiera de lo que se dice y de lo que no se dice. ¡Pero qué difícil encontrar el equilibrio!

Y luego está el personaje. Los personajes plenamente vivos nunca se revelan del todo; es como el interior de una casa visto solo a través de las ventanas. Una parte importante permanece oculta, abierta al misterio, a la intriga, a las conjeturas. Los personajes pueden tener deseos enormes y apasionantes como el de viajar a la luna o menores y más sencillos como conseguir el afecto de alguien. Pero el deseo siempre genera conflicto y para que la historia funcione, hay que sembrar de obstáculos el camino de nuestro personaje principal. Que el personaje desee algo con fuerza nos permite identificarnos y empatizar con él. A partir de esa necesidad, crece la línea argumental. En el corazón de toda ficción late una emoción cuando sentimos que el relato persigue algo específico, cuando sigue una trama.

La trama aporta coherencia al relato uniendo todos los personajes, los ambientes, los diálogos, el suspense, la voz, el ritmo, el punto de vista, etc. Esta ferocidad y concentración de los recursos formales, que se deduce de la brevedad, el énfasis dramático, la elección de las palabras o la esfericidad, son características a las que los lectores nos complace someternos. Y aquí llegamos al tema. Tema no es argumento. El tema siempre conecta con algún nivel profundo de las emociones o la conciencia del lector, y entonces iniciamos el regreso. Regresamos al origen, a ese pozo que se va llenando mientras uno vive. Todo texto literario es el retorno al vientre materno, un viaje a la semilla, a ese encuentro de los personajes —y en última instancia también de quien escribe— consigo mismo.

Ir es siempre volver.

Cristina Sánchez-Andrade